



Número Coeditado con el Depto. de LIJ Dra. Juana Arancibia
del

INSTITUTO LITERARIO Y CULTURAL HISPÁNICO

[SUMARIO REVISTA DE MAYO 2021](#)



INSTITUTO LITERARIO Y CULTURAL HISPÁNICO

María de la
Paz Perez
Calvo¹

Recibido:
20/01/21
Aprobado para
su publicación:
10/03/21

Vacaciones de verano. Risas, libertad y añoranza en la narrativa infantil y juvenil.

A medida que se acerca esa instancia que se expresa con una mezcla de esperanza y expectativa y que en el mundo estudiantil se da en llamar fin de clases, fin del año escolar o lisa y llanamente "fin de año", va surgiendo la idea, difusa pero excitante, de aquello que se vislumbra como una liberación de todas las restricciones: ¡las vacaciones! Incluso en un año atípico como ha sido el 2020, donde el edificio de la escuela quedó lejano, donde el ámbito de estudio pasó a ser el dormitorio o la mesa del comedor, y donde maestros y profesores quedaron mediados por una pantalla, los niños, niñas y adolescentes esperaron la llegada del término del año lectivo. Los adultos comprendemos ese sentimiento porque ¡quién de nosotros no habrá calculado los días que faltaban para tan ansiado momento!, ¡quién no habrá preparado un cronograma en la última hoja cuadrículada del cuaderno, para ir tachando, cual Edmundo Dantés, los días que faltaban para el fin de la condena! No será la de hoy la primera ni la última generación que aguarda por exclamar, entre suspiro y sonrisa, que ¡por fin! las clases terminaron. Porque en el mundo infantil, salvo curiosas excepciones, si el tiempo fuera espacio, el año escolar se viviría como un seco y árido desierto y las vacaciones, como un ansiado oasis de ocio y libertad.

El tiempo de ocio o tiempo libre, como su denominación lo anticipa, es el tiempo, no solo de disponer de horas a gusto y voluntad del joven poseedor de tan brillante tesoro, sino de contar con la libertad para dar rienda suelta al juego y la creatividad. Interesante es considerar que la riqueza de este tiempo radica, justamente, en su limitación. Es el 'tiempo no libre', el tiempo regido por un horario escolar o tareas a cumplir, el que permite que, cuando llegan los días de despertarse sin horario y no tener 'nada' que hacer, éstos se vuelvan ricos en posibilidades, innovaciones y creatividades. Como sostiene Gardner (2016), la existencia de esa limitación hace posible los hitos y las rupturas, momentos apreciados en que el niño se abre a una experiencia más plena y posiblemente más verídica.

"Las vacaciones" en la narrativa infantil y juvenil no es un tema tan recurrente como pudiera esperarse, teniendo en cuenta las considerables connotaciones afectivas que despiertan en la realidad

¹ Doctorada en Psicología. Licenciada en Psicología. Diplomada en Teoría y Producción Literaria. Diplomada en Literatura Infantil y Juvenil. Vicedirectora del Departamento de Literatura Infantil y Juvenil-ILCH. Profesora Adjunta Diplomatura en Literatura Infantil y Juvenil Universidad de Villa María-SADE. Escritora.

o que subyacen simbólicamente. Pero quizás sea justamente esta riqueza, comprobable y vívida, el motivo por el cual no abundan las obras literarias sobre ellas. Después de todo, ¿para qué dedicar una obra a niños o adolescentes escribiendo aventuras en vacaciones, cuando las vacaciones “son” una aventura, y los niños así lo saben o presienten? ¿Para qué desplegar imaginación, humor y amistad en unas vacaciones de ficción, cuando los niños saben perfectamente que las vacaciones son el tiempo real y propicio para la imaginación, el juego, el humor y la amistad? Dicho de otro modo: las vacaciones ‘de verdad’ permiten el despliegue de la imaginación, la creatividad y el entretenimiento incluso más que la lectura de unas vacaciones de ficción.

Sin embargo, existen exquisitas excepciones. La evidencia confirma que los estilos literarios más comunes en que aparece el tema de las vacaciones son la aventura y el realismo. Las aventuras se presentan de mil modos: experiencias novedosas de chicos de la ciudad cuando viajan al campo, vacaciones que no salen como se esperaba y conllevan cierto riesgo, la aventura de explorar la casa abandonada del barrio, y mil peripecias más. La segunda forma suele presentar las vacaciones como un tiempo de ocio liso y llano, donde los días transcurren con languidez e incluso aburrimiento, hasta que surge inesperadamente una situación que lo cambia todo.

Sea como fuere que se presenten, aventura o relato del devenir cotidiano, en los cuentos y novelas destinados a la niñez y adolescencia donde el eje narrativo gira en torno a las vacaciones, parecen sobrevolar, invariablemente, dos emociones: una sensación de profunda libertad, abierta, estimulante, pujante; y una sensación de añoranza, con un aire evocador de dulce tristeza.

Dos libros en particular hemos tomado para reflexionar sobre estos temas. El primero de ellos es el encantador relato de Miguel Cané, *Juvenilia*. El segundo, refrescante y emotivo, *La caracola y los sortilegios*, de Emil García Cabot. Ambas novelas, claramente autobiográficas, nos llevan de la risa a la nostalgia con solo unas palabras.

Juvenilia es una novela que Cané escribió en 1882 y que vio publicada en 1901. En esta obra el autor relata sus vivencias como interno del Colegio Nacional de Buenos Aires. Pasó allí seis años, entre los doce y los dieciocho, sin dejar la escuela ni siquiera en vacaciones, a las que dedica cinco hilarantes capítulos de su obra.

Nos relata Cané: “Pasábamos las vacaciones en nuestra casa de campo, como considerábamos legítimamente el punto que hasta hace poco tiempo fue conocido con el nombre de Chacarita de los Colegiales... Nuestros límites eran extensos y no nos faltaba, por cierto, espacio para llenar de aire puro los pulmones, organizar carreras y dar rienda suelta a la actividad juvenil que nos castigaba la sangre” (100-1)

Por su parte, García Cabot (2009) nos cuenta, desde la voz de un chico de doce años, un verano memorable que Leonardo, el protagonista, vive junto a sus primos, abuelo y tíos. El lugar de veraneo era siempre el mismo: “La casa (¿era del abuelo, de tío Juancho o de don Ramón?) estaba a un paso del mar... Aquel verano se había iniciado como otro cualquiera, con la perspectiva de los juegos y de la vida a la orilla del mar, bajo los árboles o en las dunas peladas como las de un desierto. Con tal de estar al aire libre, todo nos parecía bien...” (5)

El escenario que en los dos fragmentos se menciona como “casa”, no se refiere tan solo a un edificio concreto, cuatro paredes y un techo, sino que remite simbólicamente a ese sitio que autor y lector reconocen como el espacio de posible y genuina libertad. Libertad que no es solo un valor sino un espíritu que se manifiesta en un clima de seguridad, confianza, diálogo, amor y paz; y que permite que

la creatividad y la reflexión sean una actitud de vida. Estas serán necesariamente las condiciones externas que van a permitir ir más allá, o quizás debiera decir más profundamente, hasta lograr la libertad interna, aquella que se alcanza cuando uno se conoce a sí mismo y se acepta, cuando somos capaces de reconocer nuestros logros y dificultades, cuando evaluamos nuestras fuerzas y recursos y somos capaces de optar, cuando tomamos una posición personal o cultivamos valores definidos (Ortiz, 1986)

Esta libertad interna es lo que reflejan las obras que relatan vacaciones: un tiempo en que el niño o adolescente puede ser sí mismo sin observaciones, sin reproches y sin urgencias. El tiempo no reclama apuros y de este modo la imaginación se expande: “Como a la playa no la limitaba alambrado alguno, era por donde de vez en cuando me echaba a caminar solo hasta muy lejos, sin otra meta que un médano o montículo que pudiera llamarme la atención... Creo que no había vez, durante esas largas recorridas, que no pensara en encontrar un naufrago exhausto... Sí, era con aventuras de esa índole que bullía mi frondosa imaginación, siempre dispuesta a tramar las mil y una aventuras que me inspiraban los libros...” (6). Así relata García Cabot esta sublime experiencia de amplitud, de ilimitado espacio para la imaginación.

Además del ámbito que propicia esa expansión de libertad existe un elemento recurrente y omnipresente en los relatos de vacaciones. Ese elemento es “aire”. “Aire puro” dice Cané, “Aire libre” menciona García Cabot. Y continúa cada autor haciendo hincapié en este elemento: “Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles frescos y contentos, el espacio abierto a todos los rumbos...” (104), expresa el autor de *Juvenilia*; mientras que García Cabot recuerda: “Creo que, aparte de andar a caballo, lo que más me gustaba era recorrer la playa aspirando todo el tiempo el inconfundible olor del mar” (6)

Vacaciones y aire son dos conceptos hermanados. Pero, ¿qué secreta relación existe que, al mencionar la palabra vacaciones pensamos en libertad, y al pensar en ambas el cuerpo nos impele a respirar profundo, a abrir los brazos, a ensanchar el pecho y llenarnos de aire? Explica Combeau (2014): “El “respir” es un dinamismo universal en el cual el hombre se inscribe y que se actualiza en nosotros bajo la forma de una respiración; la inspiración y la espiración son su expresión. Efectivamente se trata de un intercambio entre el mundo exterior y el mundo interior, una puerta que nos relaciona con el Todo”.

Sigue explicando Combeau: “La respiración profunda no se limita a la caja torácica o a los movimientos del diafragma, sino que compromete el cuerpo en su totalidad. La respiración sana presenta un carácter de unicidad y de equilibrio. Para que todo viva y respire plenamente es necesario que la caja torácica se libere de sus corazas, que la cara relaje las vías de paso (ventanas nasales, faringe, glotis...), que la columna vertebral encuentre su vida integrada, su flexibilidad y su soltura, y pueda así seguir el flujo de esa ola que desde el fondo del abdomen abraza todo el cuerpo y viene a desplegarse sobre esa playa que es nuestra cara”.

Indiscutiblemente, lo que se despliega “sobre esa playa que es nuestra cara” es, no solo un signo de relajación, visible en el alivio de los músculos faciales, sino la presencia, fugaz o no, de una genuina sonrisa.

Por supuesto, el humor es otro rasgo inherente a las vivencias de vacaciones. Relacionado con el juego, incluso cuando éste sea tomado ‘muy en serio’ por los niños, en los relatos que abordamos adquiere matices cómicos. No queda otra que sonreír cuando leemos: “¿Una balsa aquello? Un cajón y gracias. Un cajón amarrado a dos neumáticos viejos que nos había regalado tío Juancho, para que

hicieran de flotadores y el casco no se nos diera vuelta apenas le pusiéramos un pie encima...” (*La caracola*, 8)

Precisamente la trama de *La Caracola y los sortilegios* gira en torno a un juego, que como ya dijimos, es cosa de niños y es cosa seria. Leonardo acaba de conocer a Celeste, y García Cabot lo cuenta de este modo: “Tenía el pelo recogido en una sola trenza rubia, estaba muy tostada por el sol, y le gustaban... bueno, los juegos que se van inventando a medida que uno los juega” (16); “Lo que a mí me sonaba tan divertido, a Celeste no parecía hacerle gracia, dado lo sería que había estado todo el tiempo. Apenas le puso fin a su canción, se me acercó de tal modo que creí iba a darme un beso, pero tan sólo me susurró al oído, con aire y tono muy misterioso: —Ahora puedo estar tranquila. ¡Es un sortilegio!” (18-19) Podría argumentarse que escaso humor habría en esta escena desde la perspectiva de estos dos niños, quienes entraron en su mundo de fantasía y cumplieron sus roles con la solemnidad de un rito. Solo nosotros, adultos espectadores que ya vivimos esa experiencia de “cierta extrañeza, cierta inquietud, como de quien va a entrar en territorios desconocidos” (Montes, 1999), esbozamos una sonrisa divertida cuando los vemos ir y venir moviéndose con reverente seriedad, ocupando otro tiempo, otro cosmos. Una sonrisa que se alza al saber que los niños nos han dejado completamente afuera y que, ya inmersos en su juego, por un tiempo seremos ignorados y pasaremos completamente inadvertidos mientras los observamos jugar.

Por su parte, la pluma de Cané traza con singular humor lo sucedido una noche de verano cuando cuatro estudiantes inician, en medio de tinieblas y a lomos de un mismo caballo, un apresurado regreso al dormitorio del que salieron sin permiso. Por supuesto, acorde a lo tragicómico de la situación, a nuestro autor le tocó sentarse en las ancas: “...yo me sentía resbalar, resbalar sin descanso: aquel animal tenía en la punta de la cola algo que me atraía. En mi desesperación me aferraba a Eyzaguirre, quien me observaba a menudo que debía limitarme a agarrarlo de la ropa, no encontrando plausible, como me lo declaró terminantemente, que mis dedos apretaran, a guisa de género, una sección carnosa que la naturaleza había provisoriamente superpuesto a sus costillas.” (118)

Junto al humor del juego y la travesura, existe otra vivencia habitual en vacaciones, en especial cuando somos adolescentes. Vivencia que no podía faltar en estas novelas.

Amor infantil, amor de verano. Cuenta García Cabot que aquel verano hubo “un misterio con encanto y magia, que en forma muy imprecisa yo comenzaba a asociar con el sortilegio de Celeste y con el sonido de la caracola...” (42). Y continúa: “La entiendo y no la entiendo. Si hasta me echaría a reír por las cosas que dice, pero capaz que se enoja, cuando lo que menos quiero es que se enoje, porque lo que en realidad me gustaría es darle un beso, muchos besos” (100-1)

Cané, por su parte, lo cuenta de este modo: “Pero bien pronto todo desapareció...la proximidad de una criatura idealmente bella, sus ojos dulces como un pedazo de cielo, su voz tímida y armoniosa, esa emanación exquisita de la pureza, de la inocencia y de la gracia que subyuga en todas las edades... ¡Sonrío a veces al recordar mi idilio adolescente, los entusiasmos de mi espíritu, la necesidad imperiosa de hacer versos...!” (134-34)

“Si lo maravilloso era, precisamente” dice a su vez García Cabot, “que el centro de todo ese asunto lo ocupaba *ella*, deleitándome con su sola presencia, porque los ratos que pasábamos juntos, aunque brevísimos, tenían la virtud de transportarme a otro mundo, y así como algo muy dentro de mí vibraba con toda su fuerza apenas la veía...” (84)

“Solíamos pasar las horas muertas haciéndonos confidencias ideales”, confiesa Cané al recordar las charlas con un amigo, “fraguando planes para el porvenir, estremeciéndonos a la idea de ser queridos como lo comprendíamos y por una mujer con la que soñábamos.” (130). Y prosigue: “¡Qué vida de agitación! Porque empezábamos tristemente a conocernos. La mayor parte de nosotros éramos pobres... Pero, ¿qué nos importaba? Éramos filósofos descreídos y un tanto cínicos. Usábamos el pelo largo y descuidado; teníamos, en fin, esa figura desgraciada del muchachón de quince años, que empieza a salir de la infancia, sin llegar a la virilidad.” (131)

Si algo se trasluce a través de las páginas de estas novelas es una actitud callada de la percepción receptiva, de una inmersión contemplativa en el ser, de la aceptación de sí mismo. “¿Descubría yo solo esas cosas, o era el abuelo quien me las hacía ver?”, se pregunta García Cabot en la voz de Leonardo. Sobre estos conceptos se explaya Pieper (1979) cuando expone que el tiempo de ocio (propio de las vacaciones, aunque no exclusivo de ellas) es un estado del alma en que la actitud es callar, callar para permitir la percepción de la realidad; “solo oye el que calla, y el que no calla no oye”, dirá Pieper. Y así como Montes (1999) expresa que “Hay siempre un momento y un escenario que parecen abrirse para que suceda en ellos algo diferente, algo gratuito e intenso” y mencionará esos momentos: “Una cierta hora vacía. Un blanco en el sucederse de los acontecimientos. La hora de la siesta. El ocio. Las vacaciones”, Pieper sostendrá que ese momento de ocio permitirá “la afirmación y aceptación alegre que el hombre hace de su propio ser, del mundo en su conjunto, y de Dios, es decir, el amor”.

Aceptación del ser que expondrá Cane sucinta y alegremente: “Éramos, con todo, felices y despreocupados” (134)

Tras las risas y el amor, o entremezclado a ellos, surge otro sentimiento. Una vaga inquietud, un atisbo de tristeza. Quizás pueda explicarse como la reacción natural ante lo bueno que se acaba, o que anticipamos se ha de acabar. El motivo de que en las narraciones sobre las vacaciones sobrevuele la tristeza o la nostalgia posiblemente se deba al reconocimiento de ese sentimiento que despierta cuando se regresa de aquellos días de libertad inolvidable a la rutina y al quehacer usual de cada día, días que incluso van perdiendo la calidez y luminosidad del verano a medida que se insinúa el otoño. “Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo” se exalta Cané cuando lo recuerda, hasta que finalmente cambia el tono y nos dice: “¡Quisiera volver a esas horas incomparables, a esa explosión de la savia, trepando al árbol al son de los cantos primaverales...! ¡Quisiera volver a amar como amé entonces y como solo entonces se ama, puro el corazón, celeste el pensamiento!” (134)

Emil García Cabot también deja vislumbrar la emoción de la nostalgia: “De más está decir que, con el correr del tiempo, llegué a cobrarle tal afecto a la caracola, que hasta hoy he conservado la esperanza de algún día saber cómo es el fondo del mar [...] Y estoy seguro de que, en parte por ella y en parte por mi recuerdo de Celeste, cada vez que me veo ante un serio contratempo, hago de cuenta que sólo es “un pez con lana o un cordero con escamas [...] Por eso es que aún hoy, no obstante el tiempo transcurrido desde aquellos inolvidables días en la casa de la costa, la caracola continúa en su sitio sobre este escritorio...” (102) “Y no solo conserva intactos su terso colorido y el perfecto acabado, sino también aquel cavernoso ‘¡Oooh!’ del mar que, esté yo triste o alegre, ansioso o desganado, y cualquiera sea el interrogante que me lleve a escucharlo, invariablemente me revela algo de mí mismo”. Tras la risueña actitud de las vivencias y los juegos de vacaciones, la despreocupación deja paso a la reflexión con la que terminan ambas novelas.

¡Ansiadas y esperadas vacaciones! ¡Recordadas con nostalgia y cariño, nuestras vacaciones de infancia!

Podríamos concluir que las vacaciones, las de verdad, parecen tener un encanto que la ficción, felizmente, no supera. Y debería continuar siendo así. El tiempo libre, el tiempo de libertad y de juegos, el tiempo de ocio, debería ser una sucesión de instantes de serena alegría, de actitud festiva, de intensa vitalidad. Un espacio propicio para que un niño o adolescente (¿y por qué no un adulto?) pueda conocerse y aceptarse, pueda descubrir su mundo externo e interno, para luego volcar emociones, sentimientos, vivencias, experiencias y aprendizajes en el vivir diario, en las conductas y, pues claro, también en obras. Porque, parafraseando a Platón (c 356 a.C.), los dioses, compadeciéndose del género humano nacido para el trabajo, han establecido vacaciones periódicas para alivio de sus fatigas, y les han dado como compañeros en este tiempo a las Musas, inspiradoras de las artes y del conocimiento.

FUENTES

CANÉ, L. (2011) *Juvenilia*. Buenos Aires: Arte Gráfico

GARCÍA CABOT, Emil (2009) *La caracola y los sortilegios*. Buenos Aires: Dunken

REFERENCIAS

MONTES, G. (1999) Juegos para la lectura. *La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético*. México: Fondo de Cultura Económica.

COMBEAU, F. (2014) *Vivir libre es respirar libremente*

GARDENER, H. (2016) *La mente no escolarizada*. Barcelona: Paidós

PIEPER, J. (1979) *El ocio y la vida intelectual*. Madrid: Rialp

ORTIZ, E. (1987) Educar para la libertad. *Libertad responsable y educación*. Carlos Lázzari comp. Buenos Aires: Monserrat.

PLATÓN (c. 356 a.C.) *Leyes*, II, 663b



WEB OFICIAL

www.academiaargentinelij.org

SECCIÓN "MIRADAS Y VOCES DE LA LIJ"

www.academiaargentinelij.org/miradas-y-voce-de-la-lij/

MIRADAS Y VOCES DE LA LIJ N°30

Publicada en mayo de 2021

